

DEVUÉLVEME A LAS **ONCE** **MENOS** **CUARTO**

2^a
EDICIÓN



VÍCTOR CHARNECO

ediciones carena

Devuélveme
a las once menos cuarto

Víctor Charneco

*A mis padres,
origen imprescindible de todo lo demás.
Con el más profundo amor,
repleto de agradecimiento.*

*Para David, amigo y artista sin cuyo ejemplo
de trabajo y compromiso con la obra de arte,
este libro –y tantos otros que podrán venir–
nunca habría llegado a materializarse.*

*“En breve, seremos capaces de
diseñar nuestros sueños”.*

David Foster Wallace, *E Unibus pluram*

*“La vida es esencialmente injusta. De eso no
cabe la menor duda. Pero creo que incluso
de las situaciones injustas es posible extraer
lo que de “justicia” haya en ellas. Puede que
ello cueste tiempo y esfuerzo. Y puede que ese
tiempo y esfuerzo sean en vano”.*

Haruki Murakami. *De qué hablo cuando
hablo de correr*

Parte Primera:
El sueño perdido

MARTÍN

1.

Aquella mañana, Martín se despertó extrañado. Un recuerdo de angustia parecía resistir en su boca, hurgándole entre los dientes que, sólo entonces lo descubrió, permanecían apretados en una mueca forzada, tensos, rechinantes en el espacio de tiempo donde debería darse la relajación del sueño. Durante un segundo inmenso le costó trabajo reconocer dónde estaba, la textura de las sábanas, en nada parecidas a las de felpa de su cama habitual, las cortinas excesivamente opacas, y una lámpara demasiado moderna para el gusto de su esposa. Se irguió con rapidez, el palpito de la alarma desbocándole aún más el pulso ya acelerado, y sólo entonces comprendió que dormía en un hotel, en Madrid; se había desplazado hasta la capital, como tantas veces antes en su vida, por razones de trabajo. Esbozando el ensayo de una sonrisa benévola, volvió a derrumbar el cuerpo sobre el colchón tibio y rebuscó en su memoria el motivo de un despertar tan intranquilo, los miembros sudorosos y rígidos, casi tan agotados como si estuviera ingresando entonces en el descanso, y no a punto de abandonar su ámbito cálido y reparador. Y no dio con él. Todo parecía en orden, la hora de levantarse, el lugar y hasta el propósito; así que decidió no seguir dándole vueltas a una sensación tan difusa y se encaminó hacia la ducha.

Con la despreocupación de quien ocupa un baño ajeno, cuyas cuentas no abonará, abrió a tope el grifo del agua caliente, cerrando la puerta con la intención de que el vapor se concentrara y le ablandara el vello del rostro, los poros abiertos para facilitar el afeitado.

Pero la sensación de intranquilidad sigue atormentándole, incómoda como una obligación que uno relega aunque no es capaz de olvidar, el chivato de su incumplimiento siempre encendido, vigilante, acusador. Revisa una vez más su memoria y, esta vez sí, da con lo que está olvidando: No ha encargado el desayuno.

-Buenos días, quería solicitar que me subieran el desayuno a la habitación.

-Claro, señor, ¿qué desea tomar?

-Tomaré huevos revueltos, tostadas, zumo de naranja y café solo.

-¿Algo más, señor? ¿Un dulce?

-No, gracias, está bien así. Mi habitación es la 308.

-Lo tendrá ahí en diez minutos, señor Orzán.

Mientras cuelga siente ascender a su cara el acaloramiento del rubor, la vergüenza de saberse un estúpido con maneras de pueblerino. Ha indicado el número de su habitación como si en el panel de control de la recepción no se encendiera automáticamente el indicador luminoso, revelando al instante el nombre del inquilino de la estancia. Como si nunca antes hubiera estado en un hotel y no conociera la mecánica de sus procedimientos.

Regresó al espejo más ofuscado de lo que lo había abandonado, reencontrándose con una mirada diferente, menos condescendiente, un punto de sarcasmo brillando en la lejanía del iris. Se enjabonó el rostro y comenzó a afeitarse con delicadeza, extremando el mimo y estirándose la piel arrugada para evitar herirse. "Infructuosamente -se anticipó-, no recuerdo una sola vez en la cual no haya terminado

con la cara llena de cortes y sangre, como si en lugar de llevar años con este ritual a cuestas fuera un debutante, el quinceañero que se afeitaba sin necesidad evidente, con más coquetería que vello". Comprobó la hora con un gesto mecánico, un leve vistazo experto, capaz de determinar la posición de las agujas y leerle la hora; de transmitirle tranquilidad por el tiempo restante para el inicio de las obligaciones del día. Y, sin embargo, algo continuaba desajustándole el pulso, alterando sus frágiles nervios, obligándole a mantener alerta los sentidos, a la espera de un peligro inminente o el aviso de una disfuncionalidad inadvertida. Ávido por identificarlo, revisó de nuevo la secuencia de sus rutinas, tan marcada en sus hábitos como si se la hubieran grabado a fuego en las circunvoluciones del cerebro, calcinando cualquier conexión neuronal distinta o innovadora, relegándole a las tranquilidades del procedimiento; también negándole las novedades de la improvisación. "Nada está fuera de sitio -susurró mientras se introducía bajo la ducha-, he tenido un despertar más agitado de la cuenta, y ya está".

Y entonces le viene a la memoria la historia que siempre le contaba la abuela.

"Hay ocasiones, Martín, en las que el cuerpo y la mente se separan para conocer mundos distintos y descansar el uno del otro; dejar al cuerpo que se solace con sus placeres físicos o al alma vagar libremente por donde pueda alcanzar su contento. Normalmente, esto sólo ocurre durante la noche, mientras dormimos, para evitarnos el susto de encontrar a cada parte por su lado, sin que el cuerpo nos obedezca o la mente sea capaz de darnos las respuestas necesarias; comprenderás la conveniencia de no someternos a un sobresalto de esas dimensiones. Y has de saber también

que cuando se distancian no lo hacen completamente, un hilo celeste los mantiene unidos durante el intervalo de su lejanía, evitando que la confusión del mundo los desencuentre para siempre, y habilitando un mecanismo de emergencia por si las cosas se complican. El alma regresa al cuerpo unos segundos antes del fin del sueño, con el tiempo justo para acoplarse de nuevo a los miembros todavía dormidos, de forma que la apertura de los ojos permita el inicio de la vida normal; despertar como siempre lo hacemos, cansados o resueltos, pero conscientes. Sin embargo, hay algunos casos en los cuales la irrupción de un despertar anticipado, o tal vez su excesivo remoloneo en el camino de retorno, provocan que el alma llegue de vuelta a su cuerpo unos instantes después del momento preciso, cuando los ojos ya están abiertos y los resortes de la consciencia buscan en vano explicaciones, extrañados por la ausencia de los automatismos de cada amanecer. Esos despertares incómodos nos producen días extraños, desacompañados, jornadas en las cuales el mundo parece ir a un ritmo endemoniado y nuestra cabeza demasiado lenta; siempre un latido extraño en el fondo de la conciencia. Cuentan las leyendas, Martín, que esa sensación de malestar es la protesta del alma, ofendida por verse obligada a regresar a la carrera de una dimensión tan placentera, ofuscada por la obligación de introducirse en un cuerpo despierto, sin tiempo para mentalizarse sobre las tareas mundanas a las que se verá condenada de inmediato”.

El término de este relato en su memoria le conduce a la tranquilidad y permite al agua hirviendo, al fin, destensarle los músculos crispados.

Desayunó de pie, con una premura absurda, ingiriendo los alimentos a una velocidad desusada, impropia de alguien

que se consideraba un paradigma de educación, de un modo parecido al de quien siente amenazada su propiedad sobre el bocado. Para entretener el tiempo, encendió el televisor y seleccionó un noticiero al que no prestó demasiada atención, la mirada fija en la pantalla y la mente absorta lejos de ella, más allá, en un intento de atravesar sus plásticos y circuitos para alcanzar cuanto se esconde tras la realidad. En los días que vendrían más tarde, Martín trató de recordar las informaciones emitidas aquella mañana, aferrarse a los detalles para sentirse todavía en posesión de un aliento de vida inteligente capaz de conducirlo hasta un camino de retorno. Trabajó con intensidad y tesón en la búsqueda de las imágenes desfiladas ante su retina desidiosa, y sólo dio con la de un dictador africano que había sido asesinado por la guerrilla de su país, el cuerpo desmembrado, de pelele, arrastrando y enganchado a la parte trasera de una furgoneta obscena en su fealdad; también alcanzó el discurso de un político engolado, satisfecho por la aprobación de una ley gracias a la cual se amortiguarían las desigualdades entre los ciudadanos nacidos en el país y quienes se habían hecho a sus calles durante años de trabajo silente, como si esa presencia constante no fuera ya mucho más contumaz que cualquier texto votado en las Cortes.

Ah, y una información sobre un equipo de fútbol, aunque no podría precisar cuál, que había fichado a un jugador zurdo de Mozambique. "Un buen pelotero", dijo el presentador.

Antes de abandonar la estancia, se detuvo a comprobar si todas sus pertenencias habían regresado a su emplazamiento original en la pequeña bolsa de mano de sus viajes cortos. El pijama, la camisa sucia del día anterior, la de reserva, por si su torpeza le llevaba a mancharse, las mudas,

una bolsa de aseo tan previsible como tediosa y la corbata descartada, su único reducto de libertad, la elección del color para complementar su atuendo en la mañana fuera del hogar, lejos del control cromático de Luisa. Lo repasó todo y se permitió una última vuelta visual a la estancia para descartar el despiste; después salió al pasillo y echó a caminar dubitativo, sin poder desprenderse de la incómoda sensación de estar dejando algo olvidado tras de sí. No obstante, ese resquemor no se le hizo demasiado gravoso, estaba acostumbrado a viajar cargado de dudas, sin apenas certezas, con un anticipo de desgracia o infelicidad siempre presente.

Bajó los tres pisos hasta el *hall* del hotel distraído en las minucias del panel de mandos, fascinado por su configuración digital y ausente de los demás usuarios del ascensor; ya solos él y las luces parpadeantes, el resto del mundo confinado repentinamente fuera de los márgenes de su interés. Cuando se abrieron las puertas, era de nuevo un hombre tranquilo, pausado y dispuesto para que nada pudiera desordenar el ritmo de sus procedimientos. Se acercó al mostrador de recepción con la mente centrada en la factura sin la cual no debía regresar a su empresa, sin concederle importancia a nada más; no quería volver a verse enredado en el laberinto burocrático de los chicos de administración.

-Buenos días, señor Orzán.

-Buenos días. Querría la factura de la habitación 308, por favor.

-Claro, ahora mismo. ¿Ha consumido usted algo del minibar?

-Sí, una botella de agua mineral.

-Perfecto, pues aquí la tiene. Serán 95 euros, ¿los abonará usted en metálico?

-No, con tarjeta.

-Ajá, si me la permite... Ya estamos, firme aquí, ésta es su copia y buenos días, esperamos verle de vuelta muy pronto.

-Será cuando el trabajo lo decida por mí. Buenos días.

Sin apenas darse cuenta, Martín acaba de definirse ante la mirada desinteresada del recepcionista, más preocupado por sonreír impersonalmente a la altísima mujer que acababa de depositar un caro bolso sobre la madera bruñida del mostrador. No regresará, en eso ha acertado de pleno, hasta que las obligaciones de su oficio se lo hagan imprescindible, quizás insalvable; será su jefe quien le indicará el momento, tal vez en el plazo de tres semanas, podría ser dentro de un mes y medio, es difícil anticiparlo en este instante. Pero nunca antes o después de esa señal y, por supuesto, jamás por una razón diferente de las profesionales; no tiene ningún interés en la vida de la ciudad y tampoco suele tomar determinaciones de ese tipo por sí mismo, el hábito de la obediencia le ha generado la incapacidad de la decisión. En la oficina deciden por él la jornada laboral, el tiempo que tiene para comer, cuándo debe hacer las maletas para visitar a los clientes más importantes e, incluso, las semanas determinadas para marcharse de vacaciones. Y en casa le completan esa hoja de ruta con el resto de las coordenadas necesarias para componer un mapa íntegro y ajeno, un plano en donde aparecen los accidentes geográficos concebidos por otros. No recuerda la primera orden recibida, seguramente se trata de un momento muy al comienzo de su vida, su madre obligándole a terminar la comida del plato, tal vez avisándole de las consecuencias si olvida avisar antes y se hace pis en los pantalones nuevos; pero sí la última, hace apenas unas horas, cuando su mujer, al teléfono, le dice que no coma más de la cuenta en la cena, que recuerde no pedir más de una cerveza, porque luego en la empresa no le abonan el importe, y que bajo nin-

gún concepto tome café, él sabe mejor que nadie de su hipertensión. Tanto tiempo atendiendo a las razones de otros le ha creado la habilidad de la aceptación inconsciente, les escucha y se deja fluir tras sus palabras sin sentir su voluntad violentada por ello; entiende el azote de cada nuevo golpe de mar como una eventualidad insoslayable, el paso del tiempo le ha mostrado la sencillez de acomodar el cuerpo a la ráfaga de viento, dejarlo fluir y doblarse a su antojo, nunca forzar la resistencia para provocar la ruptura. A fin de cuentas, todo cuanto tiene que ver con la vida consciente se le antoja un trámite enojoso.

Salió a la calle sin demasiada convicción, desangelado por el frío de la mañana primaveral y con un gesto de fastidio por el engaño de un sol lejano y glacial, incapaz de hacer frente a la baja temperatura. Ubicado en uno de los puntos más transitados de la capital, el hotel solía tener un enjambre de taxis en la puerta, esperando a los clientes para llevarles al aeropuerto o los diferentes puntos de sus reuniones y visitas. Esa mañana, sin embargo, no había ningún coche disponible en la acera, por lo que Martín avanzó unos metros más para detener por sí mismo a uno de los que circularan sin pasajero por el frondoso Paseo del Prado, situado frente a la entrada principal. Con la mirada perdida en la desesperante lentitud del tránsito matutino, entretuvo el tiempo de la espera en repasar mentalmente las cifras del contrato a rubricar con su primer cliente del día, el responsable de compras del Hospital Puerta de Hierro. Como le había recordado su jefe la tarde anterior, se trataba de uno de los acuerdos más importantes de la compañía, la razón principal para mantener activa la zona madrileña y un soporte esencial para hacer frente a los meses difíciles de recesión económica.

-Tampoco tiene con él un trabajo excesivo. En definitiva, el acuerdo está negociado en lo referente a las cantidades y el importe global, sólo precisamos que fije con el Doctor Malpartida las fechas de las entregas y el volumen de cada una de ellas, si tienen alguna peculiaridad más y, sobre todo, que le firme nuestra copia del contrato. No puede volver sin esa firma porque es nuestra única garantía, ¿entendido? Orzán, yo sé que no hace falta decirle esto, pero si por cualquier cosa el contrato se viene abajo, estamos jodidos, bien jodidos. Así que póngale toda su atención, está en su zona y los beneficios irán a su cuenta de resultados; eso le compensará por aguantar los aires de grandezas de ese Malpartida... Ah, y una última cosa: ya sabe que es un maniático de la puntualidad, no vaya a llegar tarde, por lo que más quiera.

Quince minutos frente al cortante viento de esa zona umbría fueron suficientes para devolverle el desasosiego. No estaba todavía en peligro su llegada a tiempo porque solía moverse con mucha antelación, pero debía tomar alguna medida rápida si no quería empezar a tener apuros. Por alguna razón ajena a su conocimiento, esa mañana el Paseo del Prado parecía más colapsado que nunca, los coches se agolpaban, detenidos durante minutos y desplazándose apenas unos metros cuando el semáforo cambiaba de color; una ensordecedora cacofonía de cláxones lo hacía todo más desagradable. Regresó al interior del Hotel Hespérides y solicitó al recepcionista que le pidiera un taxi por teléfono, indicándole que hiciera constar su prisa, los segundos empezaban a jugar en su contra. Al colgar el teléfono, el empleado le trasladó la advertencia de la chica de la centralita. "Ya está encargado, señor Orzán, pero me indican que el tráfico está muy mal esta mañana, puede tardar unos veinte minutos en llegar aquí". Empujado a un principio de angustia, Martín consultó su reloj con un gesto nervioso, de

nuevo habitado por el mal presagio de la mañana, esa huidiza sensación de pérdida o disonancia.

Para tratar de mantener su cabeza ocupada, se dirigió a los sillones del *hall* de entrada y cogió un periódico, fingiendo un interés inexistente por su titular de portada. Lo hojeó sin demasiada convicción, deteniéndose en los textos más escandalosos o llamativos; un nuevo caso de violencia doméstica, la trama de corrupción urbanística de un ayuntamiento y el descubrimiento del gen responsable de la caída del cabello. A él ese hallazgo le llegaba bastante tarde porque era calvo desde hacía más de una década; aunque tampoco se podía decir que le importara demasiado, tenía ya una vida montada y consideraba estos deterioros físicos como una parte insalvable y complementaria del paso de los años; él toleraba la descomunal celulitis de Luisa y sus descuidos depilatorios, y a ella no le quedaba más remedio que asimilar su calvicie o la presencia insoslayable de su barriga creciente. Ninguno de los dos había sido un referente de la belleza de su ciudad en los años de su juventud, eran poco más que dos presencias discretas dentro de la pandilla de amigos, sin nada capaz de convertirles en desagradables ni tampoco una hermosura como para provocar suspiros y cuchicheos. Luisa era una aplicada estudiante de Farmacia a quien la voluntad y el dinero paterno le alcanzaron a duras penas para la diplomatura, un paso intermedio gracias al cual se desempeñó hasta la maternidad como empleada de una antigua botica en el centro de Albacete. Los últimos años en la Universidad, zarandeada por la dificultad de unas asignaturas que se le resistían y por el paso vertiginoso de las generaciones más jóvenes, le habían desgastado la confianza, dejándola al alcance de Martín, por entonces tan solo un estudiante de Derecho. Cuando él logró doblegar la empinada cuesta del código Romano y licenciarse, decidieron formalizar su noviazgo de tedios y silencios, y poner fecha para una boda de tules polvorientos y manteles repasados. Su empleo de comercial en la empre-